



EN la alquería mejicana de San Miguel de Nepantla, muy próxima a la capital del viejo Imperio azteca convertida por las ha zañas de Hernán Cortes y sus soldados en la del Reino de la Nueva España, nació el 12 de noviembre de 1651 una criatura que habría de ser el asombro y el orgullo de su aldehuela natal primero y más tarde de la Corte virreinal, de la Nueva España luego y finalmente de toda la América española, e incluso de la vieja Metrópoli cuando el andar del tiempo trajera su fama y sus obras a través del océano.

Era hija de un caballero español, don Pedro Manuel de Asbage y Vargas Machuca, natural de la ciudad guipuzcoana de Vergara, marino del rey de España llegado en busca de fortuna a las Indias y casado pronto con una hermosa criolla de origen montañoses llamada doña Isabel Ramírez de Santillana.

Dotada de una prodigiosa inteligencia natural y una avidez de conocimiento rayana en el milagro, la niña Juana de Asbage aprendió a leer por propia voluntad a los tres años. A los siete realizaba con gracia cuantos primores de aguja, de cocina y do-